

# Nutrición y desarrollo agroindustrial

## NOTICIA

El 21 de febrero último se llevó a cabo, en la residencia presidencial de Los Pinos, una reunión de trabajo para presentar al primer mandatario el libro Alimentación básica y desarrollo agroindustrial, que recoge los resultados de las labores del grupo dedicado a ese tema en el Seminario sobre Organización Campesina y Desarrollo Agroindustrial, celebrado en Oaxtepec, Morelos, en febrero de 1975. Asistieron a la reunión, además del Presidente de la República, los secretarios de Estado miembros del "gabinete económico" y otros

funcionarios públicos. Los ponentes, según el orden en el que hicieron uso de la palabra, fueron: Iván Restrepo Fernández, director del Centro de Ecodesarrollo del Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología; Adolfo Chávez Villasana, jefe de la División de Nutrición del Instituto Nacional de la Nutrición; Ifigenia Martínez, diputada federal, y Rodolfo Stavenhagen, director general de Cultura Popular de la Secretaría de Educación Pública. Cerró la sesión el presidente López Portillo. En seguida se presentan los textos de las cuatro ponencias, con pequeños cambios editoriales, y la alocución final del Presidente de la República. El título es de la Redacción.

## Intervención de Iván Restrepo

En las diversas fórmulas y enfoques que en Oaxtepec, en 1975, le propusimos a usted y a otros funcionarios públicos más de 300 especialistas en cuestiones del campo, había un denominador común: teníamos plena confianza en que el Estado podía tomar en sus manos el liderazgo para implantar rápidamente en el campo mexicano formas más modernas y justas de producción y de vida. Tres años después, una vez que hemos examinado lo ocurrido en este período tan importante en la vida rural de México, nos estamos planteando una reconsideración de aquel punto de vista.

Hoy, más que nunca, pensamos que se requiere un Estado fuerte y democrático para conducir las transformaciones que hacen falta a la sociedad, a partir de un proyecto político que una a los mexicanos en un esfuerzo común. Hoy, más que nunca, defendemos nuestra convicción de que sólo una

profunda transformación de las estructuras de producción y de vida en el campo mexicano podrá permitir que se logren las metas prioritarias de producción y empleo que el país necesita alcanzar con urgencia. Hoy, más que nunca, pensamos que es requisito para ello combatir la injusticia, la corrupción y la ineficiencia en el medio rural e insistimos en fórmulas de organización más avanzadas que las actuales, fórmulas que superen la falsa disyuntiva entre eficiencia y justicia.

Pero ahora, señor Presidente, comenzamos a tener la impresión de que acaso hace tres años subestimamos la fuerza y la capacidad de reacción de quienes se oponen al cambio, de los que se aprovechan de la desigualdad actual, y quizá sobreestimamos correlativamente la capacidad del Estado de implantar ordenada y honestamente esas fórmulas más avanzadas.

Tendemos a pensar, hoy por hoy, que debe inducirse y convencerse a los campesinos para que adopten formas organizativas que sean para ellos aceptables en cada caso, de acuerdo con sus costumbres y su modo de vida: grupos solidarios, uniones de crédito, producción y comercialización; las cooperativas de asociación o cualesquiera otras, con tal de que sean eficaces para conseguir el aumento de la producción y el equitativo reparto de la riqueza creada por el trabajo.

Creemos que la mejor forma de alcanzar una mayor eficiencia en el aparato estatal y de fortalecer al propio Estado radica en asociar más directa y estrechamente su iniciativa a la de los propios campesinos, respetando su esfuerzo y su capacidad de acción. Para construir un vigoroso Estado de Derecho, que corresponda a un proyecto político que busque simultáneamente la independencia nacional y la justicia social, no sólo necesitamos el cambio mismo: necesitamos también cambiar la manera de cambiar.

Hoy por hoy, señor Presidente, sabemos que la economía requiere con urgencia un apreciable aumento de la producción agrícola, para reconquistar la autosuficiencia de alimentos y para incrementar la producción exportable, y necesitamos también una elevación rápida de la capacidad de retención productiva de la mano de obra en el medio rural. Se requiere, tanto por necesidades estrictamente productivas y de independencia nacional, como por la urgencia de combatir a fondo el desempleo y la inflación. Sin embargo, en las condiciones actuales no podremos conseguir los resultados que se esperan mediante fórmulas basadas solamente en la inversión masiva de capital público o privado; tampoco podemos seguir concentrando el esfuerzo en las zonas más avanzadas, en aquellas donde se ha realizado el grueso del esfuerzo estatal de inversión y de apoyo, no sólo porque por esa vía se acentúan las desigualdades, sino también porque esas áreas ya han dado lo que pueden dar y actualmente son incapaces de dar la respuesta productiva que hace falta: la producción básica sigue estando en nuestra extensa superficie agrícola de temporal y ningún malabarismo técnico o económico puede permitir su transferencia mecánica e inmediata a las áreas avanzadas. Si no tenemos capital suficiente, ni público ni privado, no es posible confiar en que modalidades productivas y organizativas que lo requieren en grandes cantidades podrán generar el desarrollo que el país necesita.

Lo que tenemos en abundancia son hombres: es éste un lugar común. Pero no lo es tanto la idea de confiar el desarrollo a ellos, la política de centrar el esfuerzo en una movilización masiva de esos hombres, que saben, pueden y quieren trabajar y que en nuestra gran base agrícola de temporal, partiendo de las organizaciones que ahora tienen, pueden dar la respuesta productiva que hace falta y al mismo tiempo combatir el desempleo y avanzar por el camino de la justicia social.

Emplear nuestros escasos recursos técnicos y financieros en el apoyo a las áreas más favorecidas y en la rápida creación de otras, llevaría a caer de nuevo en la falsa ilusión de avance que ofrece la modernización basada en enclaves muy productivos y a fracasar simultáneamente en nuestras metas productivas y en nuestras metas sociales.

Permítame, señor Presidente, retomar algunas consideraciones que se hicieron en Oaxtepec. Quisiera recordar, ante todo, que los estudiosos que convocaron al Seminario sobre Organización Campesina y Desarrollo Agroindustrial, que se realizó en febrero de 1975, partían de la convicción de que en el sector agropecuario se encuentra la parte más importante de la problemática social del país. Se invitó entonces a un grupo de personas comprometidas con el tema, que por su especialidad, sus funciones o su militancia habían dado pruebas de dominarlo desde diversos puntos de vista. Dimos forma, para este fin, a algunas premisas que parecían identificar a los interesados en el asunto.

Considerábamos, en primer término, que la estructura actual de la producción en el campo se caracteriza por la acción descoordinada de multitud de unidades productivas. Esta situación dificulta la transmisión de tecnología, la utilización de programas de extensión agrícola, el uso del crédito y muchas otras actividades relacionadas con la producción, la comercialización, el transporte, la industrialización y la distribución de los productos del campo. Por todo ello, sostuvimos que la organización de productores es la mejor forma de elevar la productividad de los campesinos, defender su ingreso y mejorar su nivel de vida.

Al reconocer los múltiples esfuerzos del Gobierno para fomentar diversas formas de asociación entre los productores, considerábamos útil evaluar las experiencias para identificar los obstáculos que impiden la rápida organización de los campesinos y difundir los avances.

Recalcábamos también la importancia del sector agrícola en la estructura económica del país y apuntábamos que el hambre y la desnutrición constituían el problema principal de salud pública de México. Por eso subrayábamos la prioridad de la producción de alimentos básicos en el plan nacional y sectorial de desarrollo.

El hecho conocido de que las utilidades generadas en el sector agrícola se transfieren sistemáticamente a otros sectores de actividad, nos llevó a sugerir la creación de polos de desarrollo agroindustrial que incorporaran las nuevas formas de organización y participación, aumentaran el empleo y generaran suficientes recursos para reinvertir en el sector y mejorar en forma continua el aparato productivo y el bienestar de los campesinos.

Insistíamos, por último, en la urgencia de combatir la inflación a partir de la producción de alimentos, en cuya adquisición se gasta la mayor parte del ingreso de los grupos económicamente más débiles.

Durante tres días, más de 300 especialistas de distinta procedencia y formación discutieron en Oaxtepec estos temas. Los trabajos elaborados y las conclusiones de la reunión se han editado en diversas publicaciones, en buena parte gracias a su decidido apoyo. Cuando hoy nos reunimos de nuevo para insistir en el mismo propósito, consideramos que una parte muy importante de lo planteado entonces conserva su vigencia y puede contribuir a reforzar y llevar más lejos los cambios radicales que se requieren en el momento actual.

En el Seminario se subrayó la necesidad de estudiar los

problemas del campo con gran realismo y objetividad, sin alentar vanas esperanzas sobre logros inmediatos y soluciones mágicas. Entre otros ejemplos de ese enfoque realista, se encuentra la advertencia del Seminario de que una organización de los campesinos capaz de alcanzar las metas trazadas no puede ser producto de una decisión única, sino que tiene que expresarse en un esfuerzo continuado y vigoroso. El hecho de que no se obtengan en el corto plazo avances espectaculares no debe ser motivo para desvirtuar las metas propuestas: por lo contrario, debe operar como acicate para reforzar lo realizado y superar los obstáculos existentes.

Al informarle hace unos días sobre la publicación de los trabajos del grupo que trató en Oaxtepec el tema de la alimentación básica y el desarrollo agroindustrial, nos manifestó su interés por conocer lo que se opina en la actualidad sobre estos temas, interés que coincide con la inquietud que en algunos de nosotros despierta la situación cada vez más compleja del sector agropecuario y las obvias dificultades a las que hay que enfrentarse para desatar en él un proceso acelerado de desarrollo.

Las cifras censales más recientes indican que se ha acentuado el grado de concentración de los recursos en el sector agropecuario, respecto a la situación existente en 1950 y 1960, que ya se consideraba un serio motivo de preocupación.

En efecto, el hecho de que sólo 12% de los predios, los que forman la llamada agricultura comercial, aporte casi la mitad del valor de la producción total lleva a menudo a pensar que en ese tipo de desarrollo se encuentra el camino del avance productivo. De ahí que se insista en que esos productores son los más eficientes y que en ellos podemos apoyar el esfuerzo para alcanzar las metas productivas.

Sin embargo, si llevamos un poco más lejos el análisis, la impresión es enteramente distinta. Tenemos que concluir que esos predios aportaban en 1970 sólo 49% del valor de la producción, al tiempo que concentran 42% de la superficie de labor, 48% de la de riego, 48% del capital invertido en la agricultura, 73% de la maquinaria agrícola y 61% de la tecnología, las semillas mejoradas, los insumos agroquímicos, el agua de riego, la energía y el combustible. Es sólo la mitad del valor de la producción cuando absorben mucho más de 50% de los mejores recursos públicos y privados. Y es sólo la mitad del valor, a pesar de que se ocupan predominantemente de los cultivos más remunerativos en términos monetarios.

En el 88% de los predios restantes se encuentra la producción básica, fundamentalmente el maíz, que tiene un rendimiento monetario inferior pero que es el sustento de la alimentación nacional. Son esos predios desprovistos de apoyo, en los que se hacen limitadas inversiones, donde el apoyo público es escaso y respecto a los que se mantiene todavía universal desprecio por su atraso, son esos predios los que soportan la carga mayor de la responsabilidad productiva que necesitamos.

Hay más, señor Presidente:

Con toda la inversión pública y privada realizada en esos

predios de agricultura comercial, sólo absorben 20% de la fuerza de trabajo del medio rural y más de la mitad lo hace en forma eventual. Por esa vía nunca alcanzaremos las metas de empleo que necesitamos y bien sabemos que el desarrollo industrial y urbano será incapaz a corto plazo de absorber toda esa mano de obra disponible.

No se trata aquí de una lucha absurda contra la modernización. No se trata de combatir las máquinas, como hacían los obreros ingleses al iniciarse la Revolución industrial. Se trata de reflexionar serenamente sobre distintas opciones de desarrollo. La que se basa en inversiones masivas de capital está demostrando su impotencia. Sin abandonar lo ya construido, sin descuidar los enclaves de alta productividad que tanto esfuerzo han representado para la nación, tenemos la obligación de explorar otras fórmulas para el rápido desarrollo de nuestra gran base agrícola de temporal, tomando seriamente en cuenta las restricciones existentes en materia de recursos financieros y técnicos.

Estamos convencidos de que la forma de desarrollo polarizado de la agricultura mexicana es la causa del desplome agropecuario de los últimos años. El dinamismo que por varios decenios aportó a la producción total un esfuerzo de modernización concentrado en unas cuantas áreas creó la falsa ilusión de que ése era el mejor camino del desarrollo agropecuario. Hoy sabemos que el modelo está agotado. Aquel esfuerzo no puede abarcar en corto plazo la totalidad del sector agropecuario, aun contando con la afluencia masiva de recursos por la explotación del petróleo. Y concentrarse en él implica necesariamente admitir en la gran base agrícola de temporal un acentuado proceso de descapitalización, una productividad decreciente, una menor incorporación de nuevas tierras al cultivo y el progresivo deterioro de hombres y recursos, asociado a la operación de un aparato comercial obsoleto y en extremo ineficiente.

Por todo esto, señor Presidente, tenemos la impresión de que en el momento actual las áreas de agricultura comercial deben quedar cada vez más libradas a sus propias fuerzas, con base en las grandes inversiones que para ellas realizó el sector público y las que han efectuado los propios agricultores, mientras el Estado se ocupa de manera prioritaria de la agricultura temporalera tradicional. Dos opciones parecen abiertas para ello. La primera radica en proseguir el esfuerzo en favor de los distintos tipos de organización campesina, entre ellos el de colectivización, apoyado en inversiones públicas persistentes, con plena conciencia de que se trata de un proceso prolongado que ningún país ha podido llevar a la práctica sin tropiezos o en corto plazo: los que en México se han tenido deben ser objeto de análisis, para aprovechar las experiencias, no motivo de desaliento. La segunda opción constituye, en las circunstancias actuales, la oportunidad más promisorias: apoyar las organizaciones que los propios campesinos se han dado para su producción y su vida, tomándolas como punto de partida del proceso de transformación, en vez de tratar de sustituirlas bruscamente por otras que parecen superiores.

Muy diversas experiencias de los últimos años ponen de manifiesto que en amplias áreas de economía campesina es enteramente viable desatar, con pocos recursos, procesos de desarrollo que dan a corto plazo avances modestos pero

consistentes en producción y productividad y con una gran capacidad de retención productiva de la mano de obra. Como se trata de millones de hectáreas y de hombres que operan bajo este régimen de producción, esos avances modestos al nivel de un predio pueden ser realmente espectaculares en todo el sector. Para pasar de tres toneladas de maíz por hectárea a cinco o seis en promedio, en las zonas ya prósperas, se requiere una enorme inversión, además de grandes esfuerzos que tienen que concentrarse en unas cuantas hectáreas, en áreas privilegiadas de alta productividad. En cambio, pasar de una a una y media toneladas en millones de hectáreas requiere una inversión mucho menor y esfuerzos enteramente viables. Por esta vía, que supone una intensa movilización de recursos disponibles, utilizando en breve plazo tierras ociosas y hombres desempleados y subempleados, podemos plantearnos seriamente el logro de las metas de producción y empleo que su gobierno se ha trazado.

Señor Presidente: el Seminario de Oaxtepec fue una experiencia de trabajo en común. Fue una demostración palpable de que es posible superar las diferencias, por muy

grandes que parezcan, ante la gravedad de los problemas que a todos nos afectan. Hoy, más que nunca, el país requiere una actitud que renuncie a banderías y visiones parciales para avanzar en la realización de un Proyecto Político Nacional, que dé cauce orgánico a la defensa de legítimos intereses y permita superar nuestras dificultades y contradicciones.

Para estos propósitos, es preciso construir simultáneamente en varias direcciones. Hemos apuntado algunas que se derivan de nuestras reflexiones más recientes. Confiamos en su viabilidad y conveniencia y pensamos que merecen análisis y evaluación. Configuren o no el camino que habrá de seguirse pretenden reflejar el creciente compromiso de técnicos y científicos con los asuntos del campo. Expresan también nuestra convicción de que el país será capaz de conducir ordenadamente los cambios que hacen falta y dejar atrás, para siempre, un presente oprobioso de desigualdad y miseria, en la construcción de una nueva sociedad. Contribuir a esa tarea, en la medida de nuestras posibilidades, es hoy, como hace tres años en Oaxtepec, la principal de nuestras motivaciones. □

## Intervención de Adolfo Chávez

Son conocidas de todos nosotros, por lo que en esta ocasión no voy a insistir en ellas, las grandes necesidades alimentarias de la población de bajos recursos. Consumen una dieta monótona e insuficiente la población marginal urbana y prácticamente el total de la población rural, todos los peones y minifundistas y la mayor parte de los ejidatarios.

Una encuesta nacional reciente, que incluyó 93 comunidades de todo el país, muestra que la tortilla y el frijol tradicionales continúan siendo la casi totalidad de su alimentación. Estos productos tienen un bajo valor nutritivo, a un nivel que a las personas y a los pueblos sólo les permite sobrevivir, pero no progresar; desafortunadamente están faltando recursos, tanto en el plano social como en el comunal y familiar, sobre todo para complementar y enriquecer esta dieta básica con alimentos de mejor calidad, en especial de los llamados ricos en proteínas de alto valor nutritivo.

Los niños son indudablemente los que más sufren con estas limitaciones dietéticas y desde muy temprana edad se adaptan, reduciendo su actividad y su desarrollo físico, mental y social. La desnutrición, por tanto, se mantiene y autorreproduce, ya que afecta a los seres humanos desde antes que se puedan defender. Antes de que un niño pueda pedir alimentos o sepa siquiera asirlos, ya perdió el hambre y el deseo de vivir plenamente.

En los últimos diez años el país ha tenido dificultades para mantener un adecuado nivel de disponibilidad de alimentos. De hecho, las cantidades consumidas por la población en general han disminuido en base *per capita*. En 1967, indudablemente el año de mayor abundancia que hemos tenido, hubo un consumo aparente de 2 750 calorías y 80 g de proteínas por persona y por día; en 1976, por el

contrario, se llegó a un nivel límite de 2 510 calorías y 75 g de proteínas. Se recordará que en esos años (y está escrito en el documento de Oaxtepec) llamamos la atención sobre la importancia de la situación e insistimos en la presencia de una crisis de alimentos en México.

En realidad los consumos aparentes sólo bajaron 8% gracias a que se importaron muchos alimentos, más de tres millones de toneladas en el año, porque la situación de la producción de alimentos básicos fue todavía más grave. A pesar del gran crecimiento de la población, que aumentó en 20 millones, la producción de cereales para consumo humano, excluyendo el sorgo, bajó progresivamente: si en 1967 fue de 11.4 millones de toneladas, bajó hasta un nivel crítico de 9.9 millones en 1974. Afortunadamente, en los tres últimos años se ha logrado cierta recuperación, pero apenas ha sido posible regresar a la cifra de hace diez años y, por supuesto, se ha tenido que seguir importando.

Desafortunadamente las importaciones complementarias a la producción no resuelven el problema de la alimentación de los campesinos, porque se tiene que recordar que los productos básicos son su vida misma. Si no producen no pueden comprar. A ellos no les importa que los almacenes centrales tengan grandes existencias, lo mismo que a veces tampoco les ayuda mucho que lleguen a su pueblo, pues no pueden adquirirlos si no se les presta dinero.

Una familia campesina necesita como mínimo una tonelada y media de granos al año y a través de nuestro trabajo de campo nos hemos dado cuenta que les es cada vez más difícil producirlos, lo mismo que también les es cada vez más difícil comprarlos. En el momento actual esta tonelada y media de subsistencia básica requiere de una hectárea de

buena tierra de temporal o cuatro de laderas y en las comunidades no se consigue por menos de 5 000 pesos, recursos que no todas las familias pueden obtener.

Además, tanto para el país como para los campesinos, es inconveniente pensar en sólo lograr este nivel mínimo de tonelada y media. Es inconveniente para el país porque la población campesina sólo lograría sobrevivir en un límite muy peligroso de salud, con baja capacidad productiva y sin participar en la vida económica del país, ni como productores ni como consumidores. También para ellos mismos está resultando cada vez más peligroso estar en el límite. Causa gran inseguridad no saber si se va a alcanzar lo necesario, lo que los hace abandonar sus parcelas para ir en busca de trabajo a las ciudades o a Estados Unidos. También este recurso está resultando cada vez más problemático, porque los campesinos están engrosando las filas de los desocupados y los descontentos, trayendo cada vez más desnutrición y problemas de salud a las ciudades.

A todo lo exterior se agrega la inflación reciente, que golpea severamente a la población de bajos ingresos. Un peso compra 3.6 veces menos alimentos básicos ahora que hace diez años y con frecuencia cuesta el mismo trabajo conseguirlo, tanto por el desempleo como porque los salarios rurales no han corregido totalmente los aumentos de precios.

Los problemas de alimentación se van agudizando también por los recientes cambios en la estructura de la demanda de alimentos. Las ciudades y las industrias, nacionales y extranjeras, necesitan gran cantidad de artículos del campo como materias primas, compitiendo entre sí y, lo peor, en situación muy ventajosa, con la población pobre, que los quiere no como fuente de riqueza sino como satisfactores esenciales para su vida y bienestar. Así, hemos llegado al punto de que, por ejemplo, la industria de los forrajes, que tiene gran poder adquisitivo y mayor organización, absorbe más productos que los 20 millones de campesinos marginales juntos. Y esto es cierto no sólo en cantidad, sino también en calidad. Toda la proteína de alimentos balanceados, concentrados y alfalfa, fue más y mejor que la total de la dieta de dicha población marginal. Más aún, en 1976 la soya consumida para forrajes, entre la producida y la importada, fue mucho más que todos los frijoles y demás leguminosas juntos consumidos por la gente.

El México moderno le está ganando el pan progresivamente al México tradicional. A las familias que ya tienen cierto poder adquisitivo se las presiona sin cesar, por medio de la publicidad, para que consuman una gran diversidad de productos que no siempre nutren, pero que con mucha frecuencia alteran los mercados y presionan constantemente a los precios. Existen ciertos grupos de alto ingreso que parecen no tener límite en su gasto y despilfarro, sin darse cuenta de que este país no tiene tantos recursos y posibilidades.

En realidad, señor Presidente, y esto es lo que vengo aquí a decir, tengo muy serios temores y ansiedades por el futuro próximo de la alimentación de los sectores de bajos ingresos. La mayor parte de los problemas mencionados persisten y los pronósticos para este año no son favorables.

Acepto que la desnutrición del mexicano es ya muy vieja.

En un bando de 1452 Moctezuma Ilhuicamina dijo "que ninguna mujer se venda por menos de 400 y ningún hombre por menos de 500 mazorcas de maíz". Había, como aquellos mexicanos dijeron, "una gran desolación por agua, una gran desolación por tortillas".

Pero también es tiempo de dejar de lamentarnos y atacar decididamente el problema. La verdad es que los gobiernos revolucionarios han querido resolverlo indirectamente, por medio del desarrollo general y del solo aumento de la producción, pero si esto alguna vez tuvo posibilidades, sólo existieron en la década de los sesenta, cuando se logró la autosuficiencia alimentaria y hasta hubo exportaciones porque la población no pudo y no supo consumir todos los alimentos. Esta situación demuestra que aun en la abundancia no se logró mejorar significativamente la dieta de los sectores de bajos ingresos, porque son abundancias relativas, porque la demanda estaba y siempre ha estado contraída. Además, en la situación actual y en un futuro próximo, creo que será muy difícil llegar a esos niveles de abundancia de alimentos básicos, por lo que ahora, con mayor razón que antes, insisto nuevamente en la necesidad de una acción directa.

Tenemos que pensar en materia de alimentación por lo menos en la misma forma en que lo hacemos en materia de otros satisfactores sociales, como la habitación, la salud y la educación. Es cierto que el desarrollo será lo que a la postre resuelva definitivamente estos problemas, pero no por ello se deja de actuar directamente en su solución. La alimentación no tiene por qué ser diferente. También una mejor dieta para todos se logrará con el desarrollo; más aún, en cierta medida esa dieta es el desarrollo mismo. Porque éste no sólo es riqueza de bienes comunes sino bienestar compartido que eleve la calidad humana; es, en esencia, paz, justicia y amor, que no se logran con tanto desnutrido y hambriento. En verdad resulta difícil hablar de que "estamos despegando" con tanta gente todavía clavada en la tierra en busca desesperada de su sustento diario.

Recientemente, tanto en México como en otros países, se han desarrollado tecnologías no sólo de tipo administrativo sino también en relación a ciertos instrumentos operacionales, que facilitan llevar a la práctica lo que se conoce como políticas nacionales de alimentación.

De acuerdo con esta tecnología se puede decir que para que todos coman mejor se requieren dos tipos fundamentales de acciones: tratar de hacer más eficiente el eje administrativo que liga la producción con el consumo, para que se obtenga lo que se necesita y por supuesto sin pérdidas, especulaciones y encarecimientos excesivos, y, sobre todo, actuar en lo que antes parecía difícil, en mejorar la estructura del consumo, haciendo partícipe del desarrollo al pobre y al marginado, no sólo como productor sino también como consumidor.

En lo primero, en la planeación de los sistemas que llevan el alimento de la tierra a la mesa, los técnicos en alimentación podemos ayudar. Quizá en lo que más podemos participar es en establecer, de acuerdo con los avances de la ciencia, las necesidades de alimentos por la población, definiendo lo que se conoce como metas de consumo de

alimentos. No debemos dejar que los caprichos del mercado arrastren a la producción y al consumo solamente de acuerdo con intereses económicos. En la actualidad se sabe mucho del valor nutritivo de los alimentos, de las necesidades nutricionales de las personas según su edad y su sexo, de los problemas de salud que se presentan cuando faltan o sobran alimentos y de muchos otros aspectos más que en el momento actual no deben dejarse fuera de la planeación. Considerar prioritariamente a la alimentación del pueblo entre los factores determinantes de las políticas agrícolas no sólo ayuda a la salud social, sino que, y ha sido demostrado, ayuda también en lo económico.

En lo segundo, en mejorar la estructura del consumo, es en donde creo que los técnicos podemos ayudar más, porque es en donde la ciencia y la tecnología han abierto más campos. Ya ha sido probado en varios países y aun aquí en México, en algunos programas que están en progreso, aunque todavía sin la magnitud y sin el uso de la tecnología más apropiada, que es posible distribuir más y mejores alimentos a los sectores necesitados, protegiendo a los grupos vulnerables y promoviendo la salud de todos.

También creo que hemos demostrado en México que la educación nutricional, aun en la pobreza, es más eficaz de lo que cualquiera podía haber esperado, impartida tanto en forma directa, por promotoras e instructoras, como en forma indirecta por los medios masivos de comunicación.

Lo mismo, ya se ha logrado distribuir una gran variedad de alimentos de alto valor nutritivo que equilibran la dieta del mexicano a bajo costo. Hemos demostrado, conjuntamente

con el Sistema Nacional de Desarrollo Integral de la Familia (DIF), la Compañía Nacional de Subsistencias Populares (Conasupo) y algunas industrias privadas, que se puede hacer mucho con recursos realmente escasos. Nos hemos encontrado con muchas incomprendiones y con frecuencia nos hemos tenido que echar para atrás, pero siempre, como los borregos, con la intención de volver a empujar más fuerte para adelante.

Tanto entre los programas educativos como entre los de producción de alimentos de bajo costo, tienen especial importancia en México los dirigidos a los niños. No sólo es más eficiente actuar con ellos, sino que por lo menos podemos propiciar un futuro mejor de nuestra patria.

También creo que es momento, aunque no todos estén de acuerdo, de considerar subsidios alimentarios para los estratos de menor ingreso, tanto directos como indirectos, porque aumentar el consumo a este nivel no es inflacionario y es lo que verdaderamente estimulará la producción y por tanto el desarrollo.

En fin, a tres años de la reunión de Oaxtepec creemos que hay todavía serios problemas en la principal fuente del bienestar popular, en la alimentación. Sin embargo, en su toma de posesión, usted dijo, señor Presidente, que la crisis es un riesgo, pero también una oportunidad de cambio y solución. Por ello, no debemos, como los antiguos mexicanos, solamente rogar porque llueva pronto este año, ni mucho menos aún vendernos por unos cientos de mazorcas de maíz. Al contrario, debemos juntar todas nuestras capacidades para construir el país al que todos aspiramos.□

## Intervención de Ifigenia Martínez

Durante la reciente campaña para elegir al Jefe del Ejecutivo y a los representantes al Congreso, usted manifestó que estaba en juego no una elección más sino el destino político de la Revolución mexicana; una oportunidad histórica, quizá la última, para atender las grandes demandas populares que todavía están insatisfechas, a pesar de nuestro gran movimiento social. Se ha mencionado específicamente la necesidad de que el país disponga de suficientes alimentos y energéticos, dos factores esenciales para asegurar, en los momentos actuales, el bienestar de la población y la soberanía del país.

Sabemos que los programas para producir hidrocarburos y electricidad traducen ampliamente en hechos lo que se ha venido diciendo; próximamente se esperan importantes decisiones en materia de energía nuclear. Desearíamos, igualmente, saber que el programa nacional de alimentos es congruente y que cuenta con los recursos necesarios para asegurar su cumplimiento. Puesto que en el pasado no hemos dado satisfacción cabal a la alimentación como exigencia ancestral y primaria de la población de México, ahora debemos esforzarnos al máximo por atender en forma programada y realista las necesidades básicas de la población en alimentación, salud, educación y empleo.

### *Planteamiento del problema*

Los participantes de la mesa sobre Alimentación Básica y Desarrollo Agroindustrial tratamos de definir, en primer término, lo que podría constituir un cuadro básico de alimentos nutritivos, y de amplio consumo popular. El cuadro básico quedó integrado como sigue: maíz, trigo, frijol, arroz, aceites, leche, pollo y huevos, carne, pescado, azúcar, tubérculos, hortalizas, frutas (especialmente plátanos y cítricos) y el suministro de agua potable.

La pregunta fundamental que deseamos contestar es: ¿Cómo asegurar que los alimentos del cuadro básico estén disponibles en la mesa de todas las familias mexicanas?

La posibilidad de contar con una oferta suficiente de los alimentos básicos, tropieza con muy serios factores limitantes, que es necesario exponer con claridad y valentía; trabas que están afectando a los sectores agropecuario, de investigación científica y tecnológica, industrial, de comercialización, conservación y distribución, así como al sistema de planeación y coordinación ejecutiva entre los distintos niveles de gobierno y entre éstos y los productores de los sectores social y privado.

Por otra parte, también existen problemas graves en lo que respecta al consumo de alimentos, como son el bajo nivel de ocupación y de ingresos de gran número de familias, los patrones tradicionales de consumo, a base de carbohidratos y escasas proteínas de origen animal, la falta de educación en materia de nutrición y salud y, desde luego, la escasez, carestía y especulación que prevalecen en el mercado de alimentos y que restringen seriamente las posibilidades de que las clases populares tengan acceso a una dieta balanceada.

La presente exposición trata de señalar algunos de los principales factores limitantes y la posibilidad de superarlos, para que en el esfuerzo de congruencia que representa la elaboración, ejecución y evaluación de los planes del sector agropecuario, de la industria alimentaria, de la industria básica y del sector salud, se consideren como una modesta aportación de quienes hemos trabajado o estudiado este tema y que somos escuchados por usted, señor Presidente, y por sus más cercanos e importantes colaboradores, con el deseo de conocer nuestros puntos de vista en este asunto de trascendencia nacional.

#### *Primera limitación*

No se han ampliado, en forma significativa, los límites físicos de la frontera agrícola productiva, especialmente la extensión de tierras irrigadas, susceptibles de explotarse intensivamente y con rendimientos crecientes. Resulta extraño que con frecuencia, al plantear los problemas de tenencia de la tierra y reparto agrario, se soslaye este hecho, evidente cuando se trata de estimar la potencialidad productiva del país, que tiene que fincarse en su dotación física de recursos naturales. En 1950, para una población de 25 millones de habitantes, las tierras de labor se calculaban en 30 millones de hectáreas, de las cuales se cultivaban 11 millones de temporal y 2.4 de riego. Veintiocho años después, en 1978, la población es dos y media veces mayor, mientras las tierras de labor son las mismas; si bien se cultivan 18 millones de hectáreas de temporal, las tierras irrigadas o con agua controlada apenas llegan a 5 millones. Por tanto, es clara la necesidad de mejorar significativamente la explotación de la tierra poco productiva, como requisito indispensable para aumentar la producción total; especialmente porque la producción de dos alimentos básicos, como el maíz y el frijol, se obtiene en su mayor parte en tierras de temporal, con muy bajos rendimientos.

De otra manera, la misma superficie altamente productiva sólo cambia de uso para ser dedicada a los cultivos más lucrativos. Se produce más sorgo y menos maíz, más algodón o más trigo y menos oleaginosas o más hortalizas de exportación y menos maíz.

La ampliación de la frontera agrícola productiva exige elaborar programas regionales que formen parte del Plan Nacional Agropecuario, destinados a mejorar la calidad de las tierras de cultivo. Explotar racionalmente las nuevas fronteras del trópico húmedo, con estrategias propias y toda la planeación y la eficiencia técnica para conservarlas e incluso mejorarlas, es también una necesidad vital.

La inversión y los recursos requeridos para estos propósitos son cuantiosos, pero afortunadamente el país dispone de ellos. Hay superficies de labor abandonadas o de baja

productividad; hay mano de obra abundante, desde la no calificada hasta la muy calificada; hay capacidad para aumentar la producción de insumos industriales y de maquinaria e implementos agrícolas. El recurso en apariencia escaso, el financiero, es susceptible de ampliarse, con la certeza de que no tendrá efecto inflacionario, puesto que contribuiría a aumentar la oferta de alimentos. Por el contrario, ante el continuo aumento de la población y la demanda, la escasez de alimentos sí es altamente inflacionaria.

Esta es la oportunidad de emprender programas de desarrollo regional de gran alcance, como el desarrollo agropecuario de la región del Golfo de México, que pretende transformarla en un emporio agroindustrial paralelo al de la región noroeste del país. Esto constituiría el complemento lógico y la respuesta política y revolucionaria al proyecto de construir el gasoducto en la misma zona.

#### *Segunda limitación*

Las inadecuadas formas de organización campesina para la producción y el desarrollo agroindustrial, tema para el cual fue convocado el Seminario de Oaxtepec, contribuyen a que la asistencia técnica, la extensión agrícola, los insumos mejorados y el crédito canalizados al campo, no tengan el éxito esperado.

Los agricultores y ejidatarios de los distritos de riego son los mejor organizados. Pueden adaptarse fácilmente a los cambios en los precios y, en general, obtienen altos rendimientos y buenas utilidades. Racionalizar la explotación agropecuaria requiere transformar al ejido y al minifundio en unidades eficientes de producción, integradas al mercado, ya sea en forma individual, cooperativa o colectiva, dependiendo de las circunstancias locales y de la forma de tenencia de la tierra.

Dignificar el trabajo del campesino que hace producir la tierra es un compromiso de trascendencia histórica que no podemos soslayar, porque toca las raíces mismas de la Revolución.

Mucho se ha mencionado una nueva forma de organización, la Empresa Social Agropecuaria, que reuniría a los usufructuarios de los ejidos, pequeños propietarios y vecindados, con el apoyo y la participación institucional del sector público, a fin de aprovechar plenamente los programas de obras públicas y tener acceso al crédito, al extensionismo, a la tecnología moderna.

Además, ¿no sería conveniente, como se propuso en Oaxtepec, operar en forma decidida y franca empresas agropecuarias y unidades agroindustriales, con la responsabilidad compartida y directa de los gobiernos federal y local y la participación de los particulares, para que sirvan como empresas de promoción, enseñanza y financiamiento y a su alrededor se apoyen las empresas sociales agropecuarias?

Afortunadamente el Gobierno federal cuenta con el extenso sistema de enseñanza técnica agropecuaria de la Secretaría de Educación Pública, que puede capacitar a miles de técnicos en agroindustrias, dentro de plazos muy breves. El Programa de Inversiones para el Desarrollo Rural (PIDER)

puede utilizar directamente las tecnologías adecuadas a cada región. Por su parte, el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (CONACYT) tiene jurisdicciones asesoras y coordinadoras suficientes para vincular a la comunidad científica y tecnológica con los sectores productivos. Quedan pues por articular las acciones dispersas de esos organismos, para movilizar en forma rápida nuestros recursos técnicos, al servicio del desarrollo agroindustrial.

Precisemos: cuando se trata de obtener un artículo de alta calidad, si se carece de uno de los insumos no se logra el resultado apetecido. ¿Por qué habría de ser diferente cuando se trata de la producción agropecuaria?

Este asunto es de la mayor importancia porque la organización de la población campesina constituye uno de los elementos fundamentales en que con frecuencia hemos fallado, a pesar de la atención dedicada y los esfuerzos realizados.

#### *Tercera limitación*

La escasez de recursos financieros oficiales para movilizar los recursos existentes, así como el alto costo del crédito privado y la escasa reinversión del excedente económico generado en el sector y en la economía en su conjunto. Para aumentar la producción es indispensable otorgar financiamiento a corto, mediano y largo plazos, a bajas tasas de interés. También es conveniente adaptar el consumo a las posibilidades reales de la localidad, de manera que se genere un ahorro que se pueda reinvertir en la misma localidad que lo creó.

Si el precio del trabajo no calificado y de baja calificación es mínimo, los sueldos de los técnicos y administradores también deben fijarse a un nivel realista, así como el precio del dinero, para poder reinvertir y capitalizar intensamente en el sector agropecuario, como medio de aumentar la riqueza nacional.

También es necesario revisar el sistema fiscal, de manera que al prosperar la agricultura tribute más, y sea el Estado el que transfiera el excedente no invertido a otras actividades o a otras regiones menos prósperas. Utilizar en forma adecuada el proceso ahorro-inversión y gravar en forma equitativa, y sin lesionar los incentivos al trabajo y a la acumulación, requiere, desde luego, que las unidades productivas lleven una contabilidad. Sin embargo, ¿cuántos ejidos llevan cuentas?

#### *Cuarta limitación*

La dificultad para aplicar la investigación científica y tecnológica generada en los centros nacionales de investigación a escala comercial y con fines inmediatamente productivos, para crear y fortalecer una verdadera industria nacional de alimentos. La tecnología de la industria alimentaria ha sido desarrollada a nivel internacional y no se adapta, en forma adecuada, a nuestras necesidades de empleo masivo y a la estructura de nuestro mercado popular. La industria alimentaria es una de las más importantes del país, y ocupa mucha mano de obra. Sin embargo, está desintegrada y, en buena parte, en manos de empresas transnacionales, que encarecen

los alimentos y ocasionan la salida de divisas, que podrían utilizarse para pagar procesos industriales más complejos que no podemos reproducir por el momento.

Diversas instituciones nacionales dedicadas a la investigación tecnológica agroindustrial han generado o adaptado tecnologías que ofrecen nuevas fronteras productivas en áreas tales como la harina de maíz, la fortificación de la tortilla, las semillas mejoradas, la elaboración de alimentos infantiles y la conservación de frutas con cera de candelilla. Sabemos que hay importantes investigaciones en puerta para conservación de granos y papa por irradiación, alimentos balanceados para ganado bovino y porcino hechos con melazas, esquilmos agrícolas fermentados, lirio acuático y otros productos impropios para el consumo humano.

Necesitamos mayor experiencia para integrar estas nuevas oportunidades técnicas dentro de un sistema articulado de pequeñas y grandes agroindustrias, complementarias entre sí. Por un lado, las pequeñas empresas agroindustriales generan mucho más empleo que las grandes, pero carecen de los recursos financieros y administrativos para resistir la competencia comercial en los grandes mercados de consumo. Por otro, las grandes empresas agroindustriales, que sí pueden ser eficientes en el control de los mercados, no generan empleos suficientes y requieren mucho capital.

Queda por romper la aparente disyuntiva entre los intereses y la acción de la pequeña y la gran empresa agroindustrial, para lo cual es indispensable la acción armonizadora del Estado, que debe precisar los factores de localización y escala más adecuados, según el producto y la región de que se trate.

#### *Quinta limitación*

Necesidad de contar con un eficiente sistema de la planeación y coordinación de las instituciones del sector público, para integrar debidamente a las unidades productivas de los sectores social y privado y lograr así el máximo provecho del plan nacional. Una planeación democrática, participativa, bien estructurada de abajo arriba y de arriba abajo, en todo el sector agropecuario, debe tener prioridad en los momentos actuales, pues la dispersión de los productores y autoridades, en sus distintos niveles y localidades, la hace especialmente difícil. La planeación requiere cuidar desde el abastecimiento de los insumos, a precios que permitan al productor obtener rendimientos adecuados. El Plan Nacional de Alimentos Básicos puede realizarse con éxito si utiliza en forma integrada los programas de inversión pública, de crédito y de asistencia técnica, de precios de garantía, de investigación científica y tecnológica, de compras institucionales y se apoya en las empresas sociales agropecuarias y en las empresas agroindustriales estatales, mixtas y particulares.

Desde luego que una abundante producción no es condición suficiente para garantizar un consumo adecuado. También es necesaria la educación, para que el consumo de alimentos corresponda a una dieta nutritiva y balanceada.

En esta materia, en el Seminario de Oaxtepec se llegó a la conclusión de que es necesario respetar los hábitos locales de consumo. La comida no sólo es ingestión de alimentos, es



también cultura. Hay una racionalidad del consumidor cuando, dados sus escasos recursos y el esfuerzo que tiene que desempeñar, recurre a fuentes energéticas de bajo valor nutritivo —como los refrescos y azúcares— por no estar en posibilidad de consumir mejores alimentos.

El Plan Nacional de Alimentos propone asegurar el abasto de alimentos básicos; si es necesario importándolos e incluso creando mercados diferenciados, con tal de mejorar la dieta de los grupos de bajos ingresos. En este sentido la acción de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, de las centrales de abastos y de los grandes compradores institucionales, como el Seguro Social, el Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, la Secretaría de Salubridad y Asistencia, el Sistema Nacional de Desarrollo Integral de la Familia, los comedores escolares y de las fábricas, pueden contribuir a la ampliación del mercado y a mejorar la alimentación de las clases populares.

La producción de uno de los alimentos básicos más importantes, la leche, sólo satisface un tercio del consumo potencial. Como se trata de un artículo del que hay excedentes en el mercado mundial, ¿no valdría la pena aumentar la capacidad de rehidratación de la Conasupo, con destino a un programa nacional de leche para los niños que asisten a las escuelas públicas en áreas de desnutrición, así como aumentar su venta en las colonias populares de las principales ciudades? La Conasupo no pierde dinero en la venta de este artículo y tampoco se afectaría la ganadería nacional que produce lecha cara, para un mercado independiente del que abastece dicho organismo.

La carne y el pescado también requieren de la intervención del Estado para hacer una explotación integral que sería redituable y llevaría las especies o tipos populares a precios accesibles al mercado.

Nuestra población se ha mostrado capaz de aumentar y diversificar su dieta a medida que se eleva su ingreso. Hay

que ayudarla con orientación nutricional y asegurando la disponibilidad de los alimentos del cuadro básico, a precios accesibles en el mercado, y mediante la distribución que hacen las instituciones de salud pública a sus derechohabientes.

Señor Presidente de la República:

A través de su historia, el pueblo de México ha debido hacer frente a los desafíos del interior y del exterior que han tratado de menguar su integridad y su dignidad de país libre y soberano.

Durante la primera etapa del proceso de desarrollo económico, México pudo elevar la producción agrícola a un ritmo igual al de la economía en su conjunto. Después vino el abandono del sector y el desplome casi irreversible de su dinamismo global. Retomar el desarrollo agroindustrial para garantizar la autosuficiencia alimenticia del pueblo mexicano es un desafío interno, con hondas repercusiones externas, porque si no somos capaces de alimentar a nuestra creciente población tendremos que depender del exterior, afectando nuestra capacidad de negociación internacional y, consecuentemente, nuestra soberanía.

En estas circunstancias, los aquí presentes, egresados casi todos de universidades e instituciones de educación superior, deseamos comprometernos más allá de intereses personales, junto con todos los que participan en la Alianza Nacional Popular y Democrática para la Producción: ejidatarios, pequeños propietarios, obreros, empresarios nacionalistas y desde luego, trabajadores del sector público, en esforzarnos por cumplir las metas prioritarias de garantizar a todos los mexicanos un mínimo de dignidad y seguridad en materia de alimentación, vestido y habitación, así como de salud, educación y empleo, como un avance en la consumación de los propósitos de la Revolución mexicana que representa, como usted lo ha expuesto, la mejor opción política contemporánea, ya que conjuga libertad con justicia, y asegura el progreso nacional y la paz pública.□

## Intervención de Rodolfo Stavenhagen

Nos encontramos actualmente en una encrucijada. Por una parte debemos promover el aumento de la producción agropecuaria en general, para atender la demanda de los mercados externo e interno y satisfacer las crecientes necesidades de la población nacional. Por otra parte, debemos asegurar —y esto es una tarea impostergable— los mínimos de subsistencia (en materia de alimentación, vestido, vivienda, etc.) de millones de compatriotas que viven sumidos en la miseria, principalmente en las zonas marginadas del campo.

Contrariamente a lo que pudiera parecer, el logro del primer objetivo —aumentar la producción— no conduce automáticamente al segundo —elevar los niveles de vida—. El aumento del producto agropecuario, si no se considera su adecuada distribución regional, no repercute necesariamente en la elevación de los niveles de vida de las poblaciones

marginadas. Por el contrario, sin adecuados mecanismos de distribución del ingreso y del producto, una estrategia enfocada simplemente a aumentar el producto agropecuario en términos generales, conducirá a una mayor concentración de la riqueza y a disparidades aún mayores entre sectores y estratos de la población. Esto, a su vez, seguirá frenando el proceso mismo del desarrollo económico. Se ha comprobado, a escala internacional, que uno de los principales obstáculos al desarrollo, hoy en día, es precisamente la mala distribución de la riqueza. México proporciona, en estos momentos, un ejemplo al respecto.

A lo largo de las últimas décadas hemos seguido el camino más fácil. Hemos orientado estímulos y esfuerzos públicos a la agricultura comercial moderna de los distritos de riego, en

donde también se ha concentrado la inversión privada en la agricultura. Pero cualesquiera que hayan sido para la nación los beneficios económicos de esta estrategia, el hecho es que los niveles nutricionales de la mayoría de la población rural no han mejorado con ella. Dicha estrategia ha beneficiado fundamentalmente a un reducido sector de empresarios y propietarios agrícolas, intermediarios, comerciantes y exportadores.

El problema del hambre y la desnutrición es particularmente agudo en el medio rural. Los especialistas han identificado las zonas críticas: aquéllas en que prevalece una agricultura de temporal y de subsistencia; en las que predomina el minifundio y abundan los campesinos sin tierra; en las que casi no hay crédito ni asistencia técnica de fuentes oficiales; en las que no hay investigación ni experimentación científica y tecnológica; en las que hay escasos recursos naturales, y aquéllos que existen son mal conocidos y mal utilizados; en las que el poder político y la autoridad se encuentran, las más de las veces, concentrados en cacicazgos; en las que se produce, junto con la desesperación de los campesinos, la violencia y la represión.

El hambre no sólo es una condición biológica. Es ante todo un fenómeno social y económico. Solamente atacando las complejas causas que lo engendran podremos combatirlo exitosamente.

Debido a la estructura social que predomina en el agro, es poco probable que una estrategia de desarrollo agropecuario que deja libre cauce a las fuerzas del mercado y que beneficia preferentemente a las zonas mejor dotadas de recursos naturales, técnicos y financieros, pueda lograr a corto plazo el mejoramiento de las condiciones de vida de los marginados del campo. Incluso los sistemas institucionales de distribución, como los de la Compañía Nacional de Subsistencias Populares, difícilmente logran beneficiar a los sectores más marginados.

Pareciera necesario y conveniente atacar el problema de la desnutrición de millones de campesinos a nivel del predio mismo, en el marco de las estructuras productivas de la comunidad rural, con base en la planificación microrregional y con un enfoque ecológico. En otras palabras, necesitamos desarrollar una estrategia que permita fortalecer técnica y económicamente a los campesinos más pobres, a 80% de todos los productores del campo, que poseen predios calificados de infrasubsistencia, es decir, que no generan un producto suficiente para satisfacer las necesidades básicas de una familia campesina. ¿Por qué fortalecer el minifundio? Porque absorbe la mayor parte de la población rural, pero también porque es causa de las mayores tasas de desempleo y subempleo en el país, al mismo tiempo que expulsa a su excedente de población, transformándolo en esa masa inestable de jornaleros migratorios, braceros internacionales y buscadores de trabajo en las grandes ciudades.

Una estrategia de desarrollo rural enfocada a las zonas temporales, a los productores minifundistas y a las poblaciones campesinas marginadas, tendría por objetivo reducir a corto plazo los índices de pobreza, y entre ellos, en primer lugar, el de la desnutrición. No se pretende, desde luego, que las zonas marginadas se transformen de la noche a la mañana

en ricos emporios agroindustriales. Se anhela, simplemente, que de un año para otro más mexicanos coman un poco más y vivan un poco mejor. Es preferible para el progreso y la paz de la nación que millones de campesinos pobres incrementen su nivel de vida en 20% o 30% anual, a que se duplique o se triplique el valor de las cosechas para la exportación de unos cuantos miles de predios altamente mecanizados y capitalizados. En todo caso, dichas posibilidades no se contraponen, pero no debemos continuar en la senda de un solo camino, con exclusión del otro.

La agricultura minifundista y temporalera es fundamentalmente una economía doméstica de subsistencia, de autoconsumo. Esto no significa que los campesinos estén fuera del mercado. Por el contrario, aunque producen principalmente para su propio consumo, necesariamente venden algo de su cosecha, o sus artesanías o su fuerza de trabajo, para obtener un indispensable, aunque mínimo, ingreso monetario. Es precisamente su dependencia del mercado la que acentúa su pobreza. Un ejemplo dramático y ampliamente extendido en el país: el campesino de subsistencia vive de maíz. Pero como no logra producir lo suficiente, siempre tiene que comprar un complemento de maíz para sobrevivir de un ciclo agrícola a otro. Si aumenta el precio de garantía del maíz, el campesino pobre no se beneficia; por el contrario, se perjudica. En cambio, si logramos ayudarlo a mejorar los rendimientos de su milpa, entonces le ayudamos a comer mejor y permitimos que los ingresos monetarios que obtiene los destine a mejorar su nivel de vida en otros renglones.

Las condiciones de mejoramiento de la agricultura temporalera de subsistencia dependen de varios elementos técnicos, financieros y sociales.

#### a] *Elementos técnicos*

La tecnología agrícola moderna, la de las grandes extensiones, los grandes capitales y las grandes máquinas, no es adecuada para los fines aquí expuestos. La que necesita nuestra agricultura temporalera de subsistencia tampoco la podemos importar, a no ser que provenga de países semejantes al nuestro. Ante todo, debemos desarrollar nuestra propia tecnología intermedia, apropiada a las condiciones de nuestro agro. Pero hay más: existe una tecnología tradicional y popular muy antigua, la cual puede servir de base para lograr mejoramientos técnicos de importancia. El Estado debe impulsar al máximo la investigación científica y tecnológica relativa a las zonas de temporal, las zonas áridas, y el trópico húmedo, y promover la vinculación directa de la comunidad científica y tecnológica del país con las comunidades campesinas, región por región, zona por zona, con el objeto de resolver sobre la marcha los problemas de la producción.

#### b] *Elementos financieros*

Es un hecho que el crédito oficial casi no llega a los pequeños productores campesinos. En los últimos años han disminuido los recursos destinados por el Estado a la agricultura, y sólo una parte de éstos llega a manos de los pequeños productores. No podemos aspirar a mejorar los niveles de vida de la población rural si no se invierte esta tendencia. Pero no se trata tampoco de canalizar inversiones masivas al campo, en vistosas obras de infraestructura o empresas que

desde el principio están sobrecapitalizadas. La historia del desarrollo rural de los últimos decenios está demasiado llena de costosos fracasos, elefantes blancos y barriles sin fondo, entre los que hay proyectos de colonización, sistemas de riego, programas de desmonte, empresas ejidales, explotaciones colectivas e industrias rurales. La dotación de recursos financieros para los pequeños productores de las zonas temporaleras requiere de nuevas estructuras institucionales, de canales ágiles y flexibles, así como de una filosofía de servicio al pueblo y no de una mentalidad burocrática por parte de funcionarios y técnicos. Las unidades de producción campesinas no son minúsculas empresas capitalistas y su financiamiento no puede manejarse como si lo fueran.

### c] *Elementos sociales*

El minifundio temporalero existe en el marco de diversos sistemas de tenencia de la tierra: propiedad privada, ejido, tierras comunales, sistemas de arrendamiento y aparcería. El problema fundamental lo encontramos en la organización productiva. Es necesario impulsar la constitución de empresas sociales agropecuarias y agroindustriales —llámense cooperativas, ejidos colectivos o empresas mixtas—, cuyas características tendrán que variar necesariamente de acuerdo con las particulares circunstancias ecológicas, culturales, económicas y sociales de cada comunidad. No se puede imponer a los campesinos formas de organización desde afuera y desde arriba. Por el contrario, es necesario que el Estado se base en las formas de organización y participación ya existentes en cada localidad, en cada grupo, para transformar las unidades individuales de producción en auténticas empresas sociales que permitan utilizar los recursos locales, absorber insumos,

generar tecnología propia, proporcionar empleo, acumular capital, aumentar y diversificar la producción y, sobre todo, incrementar los ingresos y mejorar los niveles de vida de los campesinos y sus familias.

Al utilizar recursos locales y orientar la producción a la satisfacción de necesidades básicas, se puede generar un proceso de desarrollo endógeno y autosostenido de la localidad. En esta tarea puede movilizarse el recurso más abundante y más subempleado de todos: la fuerza de trabajo. Si tenemos recursos para liberar la energía encerrada en nuestro subsuelo, no podemos escatimar los recursos, mucho menores, que se necesitan para liberar la energía humana, la que, a fin de cuentas, hace la grandeza de una nación.

Para que el concepto de Alianza para la Producción tenga sentido para los mexicanos marginados del campo, debe entenderse como la asociación del Estado y los campesinos, en un esfuerzo común para mejorar los niveles de consumo y de vida de los estratos más desheredados.

En la búsqueda de la eficiencia productiva y el aumento de la productividad no podemos olvidar el problema de la eficiencia social del sistema económico. Una economía cuyo funcionamiento margina y empobrece a grandes masas de la población no es un sistema eficiente, desde el punto de vista social, aunque algunas de sus empresas sean productivas y redituables. Como usted ha señalado reiteradas veces, la eficiencia económica y la justicia social no se contraponen. Y es precisamente en el proceso productivo mismo que estas dos grandes metas pueden conjugarse. He aquí el gran desafío que nos presenta actualmente el campo mexicano.□

## Palabras del presidente José López Portillo

Agradezco a los amigos aquí reunidos el que hayan levantado este espejo crítico que nos hará pensar a todos, especialmente a mis colaboradores. Nada de lo expuesto nos era desconocido ni ajeno. Este es el tipo de análisis que muchos de nosotros hicimos en la campaña, entonces sin la responsabilidad que ahora tenemos. Esta es la diferencia. En aquella ocasión hacíamos diagnósticos: ahora hay que dar respuestas y éstas corresponde darlas precisamente a nosotros.

Prototipo de lo que he dicho es David Ibarra, miembro —antes de la campaña— de este grupo que se reunió en Oaxtepec y trabajó tan lúcidamente; ahora funcionario público con responsabilidad concreta, que debe dar respuesta todos los días a los diagnósticos y planteamientos que se van formulando.

Quise que mis colaboradores, integrantes del gabinete económico, se reunieran con ustedes para que aprendamos a vernos en el espejo de la crítica, esa crítica que en un tiempo hicimos nosotros, cuando nos correspondía hacerla. Ahora nos corresponde a nosotros y a nadie más que a nosotros dar respuestas.

Es saludable ver lo que está sucediendo en la conciencia crítica de los intelectuales, porque su posición es válida y sus

recomendaciones, aunque abstractas, nos son útiles. Solamente falta encontrar los más adecuados caminos instrumentales para realizarlos. Esa es nuestra responsabilidad, la responsabilidad del administrador: servir con eficiencia, proporcionar, ministrar, encontrar el instrumento.

Les reitero nuestro agradecimiento a esta aportación crítica, a ese esfuerzo generoso que iniciaron hace años y que los ha llevado a formular documentos que siguen teniendo vigencia. Conviene que en su conjunto los conozcamos periódicamente, para volver a tomar contacto con las realidades generales, con los imperativos abstractos, porque ambos nutren, marcando las grandes directrices, las direcciones y acciones que nos corresponde a nosotros cumplir.

Lo anterior es lo que yo esperaba de esta reunión, y el propósito, creo, ha quedado satisfecho. Les plico nos formulen, siempre que lo crean conveniente, los planteamientos que consideren necesarios. Ayúdenos, hasta donde sea posible, a encontrar los instrumentos correctos.

Es saludable que la conciencia crítica de un país se mantenga viva y libre, por encima, incluso, de las responsabilidades.□